

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redaccion y talleres: S. Lorenzo, 18

MARTES 3 DE SEPTIEMBRE DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administracion: Saavedra Fajardo, 15.

LOS VALES

Los eternos explotadores del trabajador, no descansan en su tarea: la insaciable codicia los lleva al último límite de lo reprochable y pone á los eternos explotados en el camino de lo odioso, de lo brutal, del hecho.

En La Unión vuelven á circular los odiosos *vales*, impuestos á la fuerza, con la fuerza irresistible de la necesidad y es preciso que se derroque esa infame explotación del hombre por el hombre, si se quieren evitar dolorosos sucesos semejantes á los que están vivos en la memoria de todos.

Son muchos los patronatos mineros que siguen tal incalificable conducta y no falta quien diga que algunos van más allá del *vale*, pues pagan á los trabajadores cuando les viene en gana, y eso no puede tolerarse.

Que se enriquezcan muchos á costa del que trabaja, pase; la sociedad moderna no ha llegado al punto de impedir completamente esta injusticia; pero no se tolerará que á lo injusto se una lo odioso y el patron, imperfecto para los fines de la humanidad se convierta en perfecto explotador de los luchadores del progreso.

Debe irse de frente y con valentía contra los que con *vales* ú otro medio de explotación cualquiera roban al obrero lo que es suyo, lo que gana y á lo que tienen perfectísimo derecho. Hay que decir claramente los nombres de los explotadores para que se los conozca por todos y juzguen como es debido á los Tempranillos disfrazados de caballeros.

Es de presumir que el Gobernador civil de esta provincia intervenga, para evitar que los instrumentos de trabajo sirvan al obrero, en un día de desesperación, como instrumentos de muerte. Debe evitarse que se robe al que trabaja...

Nubes de verano

No es que esté el tiempo para llover, no. Las nubes á que me refiero son las que señaladas por los almanaques políticos, han sombreado y somborean al cielo de la diplomacia y el porvenir de las naciones, haciendo que los políticos se preparen con grandes paraguas á resistir el importuno y por ellos atraído chubasco. ¡Pobre de la nación que no tenga un paraguas para guarecerse! ¡Desgraciado del político á quien toque en suerte ser el blanco de los tronzos y pedreas que la nube trae consigo!

La nube que nos amenaza, es de las grandes, de las que es preciso resguardarse y que á la corta ó á la larga se fijan en el cielo de una sola Nación.

La nube de ahora es inmensa, hace sombra á casi toda Europa, parte de América, del As á del África. Entre las naciones que se hallan en el radio de esa inmensa sábana de sombra, se encuentra España, quizá á la que mayor parte corresponde de la granizada que no tardará en caer, sin paraguas que la cobije y sin un pararrayos que atraiga las chispas que á la fuerza tienen que desprenderse como precursoras de la tempestad señalada en los almanaques de las Cancillerías.

A España no cabía peligro alguno cuando se inició la tormenta; pero nuestro pícaro orgullo nos hizo poner un pararrayos, que, para no desmentir

su fuerza de atracción, atrajo algunas chispas, efecto de lo cual quedó más inmantado y por lo tanto con mucho mayor poder del que antes tuviera. Al descargar la tormenta, las chispas que toquen á España serán en mayor número que á otra nación; nuestra situación topográfica, hace que sea mayor el peligro: estamos hablando del África y delante de nosotros tenemos á casi todo el continente Europeo, motivo por el que nos tenemos que resguardar más que otra nación, y más viniendo la nube, como así es, de la parte de África, que ya está probado que las tormentas que de ese lado vienen, son las peores y más fecundas en chispas, que, por lo regular, no caen en una sola parte, sino por el contrario en muchas, siendo grande el número de las naciones perjudicadas cuando las tales tormentas se desencadenan para luego apretar y encadenar á mayor número de pueblos.

Estas tormentas son las peores, y una de estas es la que nos amenaza, ha tiempo, sin poderla alejar á pesar de los conjuros intentados por unos pocos.

Los conjuros no pueden dar resultados, por la razón sencilla que el bronce atrae al rayo y la campana de que nos valemos para alejar la nube, es de bronce malo, que no puede dar resultados, porque ya no tiene el poder que antes tenía; sirviendo tan sólo para llamar más la atención y atraer sobre nosotros la tormenta que hubiera pasado de largo si no quisiéramos hacer ver que no dormimos, antes que estamos en vela.

No se le eche la culpa á nadie; uno solo no es el culpable, somos todos, por querer demostrar un poder que estamos muy lejos de tener hoy día; aquello pasó para no volver, para que no fantaseásemos más y nos convenciéramos de que no somos infalibles.

Nada de pararrayos, nada de conjuros; preparémonos á resistir la tormenta como mejor podamos que lo que ha de ser, será; mas los efectos serán menos si no estamos desprevénidos; el bronce hay que sustituirlo por el acero, acero toledano que si atrae, mata; habiendo perjuicios en ambas partes y al venir la muerte es honrosa, sublime; la única muerte noble que engrandece y queda escrita en caracteres indelebiles.

Gustavo Vivero.

LA FERIA

La segunda noche puede tener la misma reseña que la anterior: música, alumbrado é idéntica animación y concurrencia; llamando poderosamente la atención un gran circo taurino, repleto de cacahuetes; allí fué donde vi á mi amigo de la noche anterior, (admirando al circo, no dentro de él), que todo entusiasmado se vino á mi diciendo:

—Estoy furioso contra V.; en el párrafo que dedica V. á la feria se *pitorrea* de mí de una manera atroz, poniéndome en ridículo.

—¡Hombre! exclamé sorprendido. Mi objeto no ha sido ofenderle, sino al contrario, darle á conocer, hacer que admiren á un genio de este siglo, asombrar...

—No, no siga V. Su artículo me ha costado un disgusto con mi Dulcinea, quiso arañarme cuando leyó su párrafo de V.

—Mi intención...

—Lo perdono; pero ya se hace tarde á juzgar por la poca fuerza con que soplan los músicos y tengo que contarle muchas cosas.

—Empiezo por llamar la atención de V. sobre este circo taurino ambulante; el genio español se ha sumado en esta obra; el pensamiento patrio se ha fundido en este monumento, la creación española se halla sumida en este trabajo, la musa del arte...

—Ya; está encerrada dentro, dije, para interrumpir el chaparrón de imágenes que mi amigo descargaba sobre mi humilde persona.

Para cada objeto que veíamos, el profundo pensador que me acompañaba, tenía imágenes y juegos de palabras, capaces de causar la envidia de cierta persona que no nombro por no aguar esta reseña.

Quando entramos en la Glorieta, ya mi amigo no pudo aguantarse, ni yo hacerle callar, y exclamó:

—¡Oh, soñado y fantástico Eden! ¡Oh

sublime conjunto de bellezas tentadoras! Y dió comienzo al soneto aquel que empieza

¡Voto á Dios, que me espanta esta grandeza!

No pude resistir más, me acordé de tres sonetos que callo y eché á correr en dirección á la calle del Rosario, á donde llegué con tres palmos de lengua y el recuerdo terrible de las tres composiciones. No pude ver nada ni divertirme lo más mínimo, gracias á la ocurrencia de mi amigo y á la huida de mi pensamiento á la poesía *estilica*.

Las bandas de música se portaron musicalmente, desafiando lo menos posible; la concurrencia regular, llamando la atención las idas y venidas de los paseantes.

Perdónese esta reseña que hoy hago, todavía conturbado con el recuerdo de anoche y esperemos á la noche, que me fijaré en todo y lo contaré á Vds. mañana, con la gracia que para esto tengo, y los curiosos datos que en ellos aporoteo ó desparramo ó desperdigo, con gusto de mi parte y pesar de los pacientes lectores que sin preparación alguna se largan esta reseña.

Monte Cristo.

RAPIDA

¡Vaya con los señores marinos y qué quisquillosos nos resultan! Por no sé qué bromita de un empedrado escritor, ponen el grito en el cielo y lo que es más desagradable, el puño encima de las narices del pobre literato, que se dará unas veces al demonio y otras á Galeno, pensando que el barquero de las verdades debía de ser de agua dulce, ya que todos los marinos de agua salada y de tierra, no están por verdades ni cosa que se le parezca. ¿Verdad desnuda? ¡Horror de los horrores! Tápese honestamente la verdad, aunque sea con una red; aunque la desnudez subsista, échese algo por encima y los pudibundos no se alarmarán. ¡No me toquéis á la marinal! ¡No tocad ni á la «Marina» de Arrieta! No hablad ni entre dientes de la barca de Caronte ni de la barca del pescador, que espera, cantando, el día... Decid pestes del Papa, el no se enoja por eso; escribid contra el rey, que no se dará por enterado; ponerle pero á todo lo que tenga peros, mas no decid nada, ni aún en broma, que á la marina se refiera, porque hasta los caballos de vapor se desbocarán. A emmudecer, escritores: la Marina y el dogma son infalibles. Dios es Dios y Veragua es su profeta: la acometividad de los toros del duque marítimo es terrible. Callad, periodistas. Dichoso aquel que tiene su casa á flote...

San Miguel.

ZAFARRANCHO

No me ha indignado lo ocurrido en San Sebastián con los marinos, me indigna la conducta de la prensa de gran circulación. El zafarrancho armado en la redacción de «El Correo de Guipúzcoa», tiene un saborcillo típico, que no será muy digno, pero caracteriza.

Del mismo modo que los comentarios temerosos al suceso, los distinguidos que juzga la cuestión la poderosa palanca, son tan frios, que hielan el ánimo del lector, pero dan idea precisa, clara y determinante de la energía de la clase de cáalamo en ristre.

En cualquiera otra parte la agresión injustificada á los periodistas hubiera levantado protestas generales entre los camaradas, pero aquí, en este rincón de Abisinia, nos contentamos con decir que ha estado mal hecho, sin exagerar la frase y respetando de cierto modo el espíritu belicoso de los héroes de tierra adentro.

Nunca con más oportunidad podía recordarse al personaje del P. Coloma; los marinos de San Sebastián podrán en su día enorgullecerse contando los detalles de los detalles del combate navo-terrestre.

Es de suponer que el Ministro del ramo habrá tomado cartas en el asunto, para que por nada ni por nadie se menosprecie la consideración que merecen los herederos de la gloria de Churruea, pero falta averiguar si su intervención será como Almirante de las Castillas ó como ganadero del Colmenar viejo.

De todos modos convengamos que ha bajado la cotización del hierro del Duque y que el yerro de la marinería, no es todo lo *chic*, lo *snob*, y lo *smart* como cuadra á quien como ellos, se pa-

san la vida en los puertos, haciendo genuflexiones en los casinos bailando el rigodón y el legítimo *boston*.

Conste que si en el contexto de este artículo se adivina algún concepto que pueda ofender á los individuos de la armada, no lo tomen á mala parte, los dicta el espíritu del cuerpo, yo pertenezco á la que se va á armar.

Y conste también compañeros de «El Correo de Guipúzcoa» que os felicito por vuestra defensa, indudablemente conocéis y habeis estudiado la táctica de Sampson y Dewet.

Si no fuerais tradicionalistas os enviaría un apretado abrazo, pero respetando la tradición y con la venia de Nocedal os testimonio mi simpatía y protesto del proceder de los de la Invenible.

J. A.

Los tetuanistas

A los consejos que «La Correspondencia de España» ha dirigido últimamente á los amigos del señor duque de Tetuán, para que reconozcan la Jefatura de Silvela, contesta «El Siglo», periódico muy afecto al duque de Tetuán, lo siguiente:

«Nosotros vemos, aunque con dolor, que el Sr. Silvela es un fracasado, es un político frustrado, cuya autoridad se ha desvanecido entre los conservadores y cuyo nombre en la opinión ha descendido al nivel de uno de tantos como por casualidad fueran jefes de gabinete. Nosotros vemos disuelta la «Unión conservadora» por el «Memorandum» del ilustre general Azcárraga y por las recientes gravísimas declaraciones del señor marqués de Pidal, que reflejan las tendencias de su hermano el embajador de España cerca de la Santa Sede. Nosotros vemos que al lado del Sr. Silvela no queda nadie que con fe esté dispuesto á secundar su acción.

En una palabra: nosotros consideramos disuelta, para los efectos del gobierno, la Unión conservadora y á su jefe, en una situación parecida á la de lord Rosebery.

Y siendo las cosas así, y siendo lo que vemos la realidad triste y sombría de lo que pudo ser un gran partido, ¿por qué regla de tres supone «La Correspondencia» que tenemos el propósito de arrojarlos en ese Etna cavernoso?

Además, nosotros participamos de una esperanza verdaderamente nacional, que consiste en esperar que el reinado de D. Alfonso comience dando por terminado el turno de los fracasos y la alternativa de los fracasados. Esa esperanza mantiene á muchos en actitud expectante; porque en realidad no merece la pena el esperar unos meses; ni sería sensato adoptar resoluciones ante una incógnita. Nosotros, que participamos de esa esperanza, no queremos contribuir á defraudarla ni cargar con la responsabilidad de que se la defraude, y por eso no podemos abogar ni por que el nuevo reinado se inaugure con la continuación del Sr. Sagasta, ni menos con un gabinete Silvela.

Sobre esto nuestra opinión es definitiva, y nuestra resolución firmísima. Somos monárquicos fervientes, y el amor á la monarquía y la lealtad al rey nos impide aconsejar, ni trabajar, ni cooperar por un gobierno Silvela, para inaugurar el reinado de D. Alfonso XIII. No queremos que el rey defraude las esperanzas nacionales, que se fundan en que á nuevo reinado nueva política.»

La

NOTICIAS

Despedida.
Nuestro estimado amigo D. Arturo Franco, nos encarga que en su nombre y por la imposibilidad de hacerlo personalmente, le despidamos de sus numerosos amigos y del público en general.

Durante el tiempo que el Sr. Franco ha estado encargado de la inspección de vigilancia, no obstante lo delicado del cargo, no ha tenido con nadie el más leve rozamiento y se muestra y así lo hace público satisfechísimo de la conducta del pueblo murciano.

De regreso.

De Torrevieja: Han llegado á esta ciudad D. Guillermo Santugini, don Jesús Quesada y D. Emilio López Palacios con sus respectivas familias.

De San Javier: D. Manuel Tomás Crave y D. Santiago Hernández.

De Santiago de la Ribera: D. Luis Bolarián.

De Cabo de Palos: D. Encarnación López Parra, con sus hijos.

Y de la Horadada: el Sr. Conde de Roche.

Esperaba que, como me había dicho el Poncio, este no viniese hasta la víspera del día de los toros, así que me sorprendió sobremedera una carta suya en la que me decía que en el correo llegaba.

Y aquí me tienen ustedes camino de la estación, deseosa de enterarme de lo que el porvenir reserva á los zapatines, que según se dice por ahí darán el salto mortal un día de estos, si no se agarran ya que no á un clavo á una estaca ardiendo;

A poco llegó el Poncio, que parece automóvil por la velocidad con que viaja y en amor y compañía nos encami-

namos á esta Murcia de Cascajuela, ornamentada con los trastajos viejos de la feria.

Mucho se alegró de no encontrarse ningún franco en su camino y así me lo indicó, aunque á mí no me parecía muy oportuno tal regocijo y así se lo dije: ¡Ojalá no se arrepienta V. nunca. Tal vez dentro de poco le pese mucho, muchísimo haber retirado los francos de la circulación.

—Lo sentiría, palomita. A lo hecho, pecho. La verdad es que yo desde hace tiempo no podía tragar nada que á franco me oliese y de no habérmelo quitado de encima, reviento.

—Estás engañado, amigo Poncio. Los que empuñan el sonajero ahora, son murcianos y no pueden obrar con la independencia con que obraba el otro. Ya verás tú ahora si el caciquismo hace de las suyas y si á pesar de tus órdenes, no se hace aquí lo que tú no quieras que se haga.

—Veremos, palomita; pero si no se me obedece, repítire la función. Y el que caiga, caiga.

—¿Y qué hay de los zapatines?

—Me parece que tus pronósticos resultan ciertos. El Gitano, después de tanto ofrecimiento le teme á la Mula como al diablo y no se arriesga á recibir un par de coces.

—Conozco mucho el percal, palomita, y no hay mejor sastre que el que conoce el paño.

—Pues yo me temo que no me conceda la autorización pedida. ¡Y le hace mucha falta aplicarle á la Mula unos botones de fuego en la parte dañada...

—Seguro que no la concede y no serán pocos quienes lo sientan. Está tan repugnante esa Mula llena de mataduras y llagas asquerosas! Y entonces ¿en qué quedarán tus pujos de moralidad?

—¿En qué? Yo debo probar que soy hombre de carácter, así, quiera ó no quiera el Gitano, que bien puedo pasarme sin su consentimiento, enviaré delegados á varios pueblos y... al freir será el reir! Ya verás tú como procedo el día en que regrese de una vez á Murcia, cuando pasen las fiestas. Entonces congregaré en torno mío á los zapatines y armaré leña en grande, duro y á la cabeza.

—Y el amigo Jorge ¿sufrirá algunos tironcitos de oreja en estos días?

—Quiá, hombre, quiá. Antes perderán las suyas Pucheta y el Llaveró. He dicho que las orejas susodichas son intangibles y lo serán, aunque Murcia entera se convirtiese en vacas y gallos. Aquí solo admito las vacas de leche y gallos en arroz. Tampoco permito que salte nadie. Ya no hoy saltos.

—¿Ni siquiera al *pijotón*?

—Ni siquiera. ¡Ya no hay judías... más que en la Judea y en las tiendas de comestibles!

—Veo que eres constante, amigo Poncio. Eres un D. Tancredo. Por nada te conmueves.

—Gracias, palomita. Y ahora, que ya estamos frente á mi domicilio, déjame solo por un momento, pues no presumo que te agrade revolver papelotes y meter la nariz en expedientes.

—¡Horror! ¡Hasta luego!

La

NOTICIAS

Despedida.
Nuestro estimado amigo D. Arturo Franco, nos encarga que en su nombre y por la imposibilidad de hacerlo personalmente, le despidamos de sus numerosos amigos y del público en general.

Durante el tiempo que el Sr. Franco ha estado encargado de la inspección de vigilancia, no obstante lo delicado del cargo, no ha tenido con nadie el más leve rozamiento y se muestra y así lo hace público satisfechísimo de la conducta del pueblo murciano.

De regreso.

De Torrevieja: Han llegado á esta ciudad D. Guillermo Santugini, don Jesús Quesada y D. Emilio López Palacios con sus respectivas familias.

De San Javier: D. Manuel Tomás Crave y D. Santiago Hernández.

De Santiago de la Ribera: D. Luis Bolarián.

De Cabo de Palos: D. Encarnación López Parra, con sus hijos.

Y de la Horadada: el Sr. Conde de Roche.

Esperaba que, como me había dicho el Poncio, este no viniese hasta la víspera del día de los toros, así que me sorprendió sobremedera una carta suya en la que me decía que en el correo llegaba.

Y aquí me tienen ustedes camino de la estación, deseosa de enterarme de lo que el porvenir reserva á los zapatines, que según se dice por ahí darán el salto mortal un día de estos, si no se agarran ya que no á un clavo á una estaca ardiendo;

A poco llegó el Poncio, que parece automóvil por la velocidad con que viaja y en amor y compañía nos encami-